

Presentación

Asistimos a la acelerada configuración tecnológica de nuestro mundo. Los avances técnicos nos permiten hoy volar, visitar otros planetas, navegar por el fondo de los océanos, transmitirnos informaciones y sentimientos, en pocos segundos, de un extremo al otro de la tierra. Gracias al progreso técnico hemos conseguido mejorar el nivel de vida de millones de hombres. Es comprensible que tal progreso, que se ha disparado en nuestro siglo, haya cegado con frecuencia otros caminos del pensamiento, canalizando las mejores energías de la mente humana hacia los saberes científico-técnicos.

La supeditación de la teoría a la utilidad ha invadido la cultura actual hasta el extremo de que muchos, aun entre los científicos y filósofos, descubren la esencia de la verdad, de lo teórico, en lo útil. El pragmatismo domina a muchos científicos y filósofos. La verdad como el acuerdo con las cosas, independientemente de toda utilidad, despierta hoy con frecuencia el menosprecio.

Pero explicar la búsqueda y consecución de la verdad reduciéndola a la necesidad de manipular la realidad para fines utilitarios es una tesis mal informada. Semejante orientación ha supuesto un grave empobrecimiento de las posibilidades de la razón humana. Hay que distinguir entre la verdad y la utilidad. Debemos recordar, una y otra vez, que nuestra cultura occidental no se reduce a los saberes que han contribuido a posibilitar la técnica actual. Su matriz es mucho más rica.

El encuentro del hombre con las cosas, para descubrir su sentido o darles sentido, gana en calidad y profundidad desde un pensamiento no utilitarista. Recuerdo, a este propósito, un aforismo sobrio y vigoroso del joven Hegel: «Lo que tiene un profundo sentido, precisamente por eso no sirve para nada». El esfuerzo continuado de consciencia y creatividad, que exige la vida humana auténtica, no implica una renuncia a la verdad por la verdad, a la belleza por la belleza, al bien por el bien.

De acuerdo, la crítica de la razón instrumental no debe llevarnos al rechazo de los avances técnicos que nos ha proporcionado el genio investigador y creativo del espíritu humano. Pero la proliferación del universo de la técnica a la manera de un cáncer, indiferente a todo lo que no es él, indiferente a la vida humana, reviste un grave peligro para el porvenir de nuestra cultura. La tecnificación, como tal, por otra parte, no promueve la felicidad humana.

Nuestra inquietud, la que late en los artículos de este número de Diálogo Filosófico dedicados a la filosofía de la técnica, podemos formularla en un sencillo interrogante: ¿Cómo hacer que el actual progreso técnico se integre en una cultura favorable al hombre? Veremos cómo la filosofía de la técnica plantea bajo una nueva forma cuestiones perennes de la filosofía. Y que tal tipo de saber no sirva a la técnica no quiere decir que no sea importante para el hombre.

Ildelfonso Murillo